

La Generación de los Hijos del Fique

Por LEON ZAMOSC
y JUAN G. GAVIRIA

• 280.000 Niños en la Industria de la Cabuya y los Costales que Necesita Colombia

Existen unas 70.000 familias campesinas que producen las 35.000 toneladas de cabuya con las que tres grandes fábricas elaboran los costales en que se empacan el café, el arroz y casi todos los productos agrícolas en el país. Hace tres años la producción era de 50.000 toneladas pero ésta ha ido mermando porque la política de precios, fijados por el gobierno para la cabuya y los costales, ha obligado a

muchos campesinos a abandonar el cultivo total o parcialmente. Son tantos los costos del trabajo, los combustibles y la máquina desfibradora, que los actuales precios no compensan con los gastos y en muchos casos están dejando pérdidas. Con la escasez resultante de cabuya, los costales son cada vez mas escasos y mas malos.

Los figueros son campesinos minifundistas que sembraron la cabuya ilusionados por las grandes campañas de propaganda que montaron las compañías y el Ministerio de Agricultura y que anunciaban la "era de oro del fique". Por la radio se transmitían lemas como "siembre fique y viva feliz" y "la cabuya es plata suya"; todavía en los pueblos se ven carteles que dicen "siembre fique y gane pesos" y "el fique, un cultivo en ascenso". Fue tal el clima creado por esta propaganda, que los sacerdotes impulsaban el cultivo desde los púlpitos y por los campos se paseaban hombres completamente vestidos con tela de costal pregonando que la cabuya sería el vestido del futuro.

Con entusiasmo muchos campesinos dedicaron al fique sus mejores tierras y la producción de cabuya se duplicó entre 1960 y 1970. Municipios enteros del Cauca, Santander y Antioquia transformaron su paisaje en una extensa plantación figuera, donde eran una excepción los cultivos de subsistencia como el maíz, la yuca y la papa.

La Era Negra

Mucho lamentarían los campesinos haber confiado tanto en las fábricas y el gobierno, pues en 1975 las compañías dejaron de comprar cabuya por más de un año durante la gran crisis del mercado de los empaques y el fique. Los errores en el manejo de la política de producción y precios por parte del gobierno y las empresas desembocaron en una sobreoferta de 6 millones de costales que no encontraban comprador, lo que impulsó a las fábricas a suspender sus compras de materia prima. Esta época es recordada por los campesinos como la era negra del fique en la que un bulto de cabuya llegó a cambiarse por dos panelas y en donde el último recurso de supervivencia que quedó para algunos fue entrar furtivamente a los potreros y cortarles la cola a una vaca para tener con qué preparar un caldo.

Pero las penurias de los campesinos figueros y de sus hijos en especial no se limitan a un recuerdo de épocas de crisis, sino que acompañan permanentemente su vida cotidiana. Es precisamente a los hijos del fique a quienes dedicamos esta crónica, fruto de cuatro meses de observaciones en las regiones figueras. Los datos indican que las 70.000 familias figueras tiene un promedio de ocho miembros de los cuales cuatro son menores de quince años. Se trata entonces de unos 280.000 niños hijos de campesinos figueros.

A diferencia de los empresarios urbanos y agrícolas, las familias campesinas no trabajan para ganar, sino para vivir. Cuando la tierra es buena y hay buenos precios para la cosecha, la familia se permite algún bienestar: mejorar la alimentación, los niños toman algo de leche, se pueden comprar una muda nueva para el domingo y hasta puede pensarse en una bicicleta o en darle estudio a un hijo más. Si bien unas pocas familias campesinas entran en una dinámica que les permite obtener algunas ganancias, la mayoría se mantienen en un equilibrio de subsistencia permanentemente amenazado por la crisis y la ruina: los precios de sus productos oscilan bruscamente; una sequía, un invierno o una plaga acaban con la cosecha; pierden dos brazos fuertes que se van buscando mejor suerte o los enrola el ejército; la enfermedad de uno de sus miembros se lleva los ahorros o la vaca; la imposibilidad de cumplir un crédito les quita parte de la tierra o todo la finca.... Las familias del campo tienen que vivir en un constante alerta: no depender de un solo cultivo; echar mano de toda posibilidad de supervivencia como alquilarse en otras fincas, criar cerdos y gallinas y hacer artesanías; pero sobre todo deben estar siempre dispuestos a reducir al mínimo el consumo y aumentar al máximo el trabajo de todos los miembros tanto niños como adultos. El moldear en los niños esa disponibilidad

permanente hacia el trabajo llega a adquirir características extremas como las expresadas por un padre de familia campesino en Santander: "yo no permito que mis hijos estén un momento ociosos porque se malcrian. Cuando francamente no hay nada que ponerlos a hacer, mezclo granos de frijol con granos de maíz y los pongo a que los separen".

Desde pequeños el niño puede establecer una adecuada y agradable relación con el trabajo, enriqueciendo así su desarrollo motor psíquico. El trabajo le permite también apreciar y utilizar los objetos de la mejor forma reconociendo en ellos el fruto del esfuerzo de los otros. Sin embargo el trabajo que los niños desarrollan en la zona ficquera muy frecuentemente sobrepasa sus propias capacidades y constituyen una experiencia dolorosa. Varias veces vimos niños que lloraban, abrumados por el peso de sus obligaciones. Este cuadro se hace más restrictivo si se toma en cuenta que el tiempo dedicado por los niños exclusivamente al juego es muy escaso dentro de este contexto campesino en donde el tiempo libre casi no existe. Los mayores se levantan a las 5 de la mañana y solo dejan el trabajo a la caída de la tarde, sin haberlo interrumpido más que durante los ratos estrictamente necesarios para las comidas.

Un Trabajo Peligroso

Al igual que en otras cosechas, como la del tabaco, el beneficio del fique demanda una gran cantidad de mano de obra y en él deben participar todos los miembros de la familia incluyendo hombres y mujeres y los niños hasta de corta edad. Pero tal vez como ningún otro, este trabajo es duro y peligroso.

La primera parte del beneficio de la cabuya es el aprontamiento o aliste que consiste en cortar las hojas con un cuchillo y quitarle a la penca los bordes que contienen espinas y el extremo que termina en una púa. Frecuentemente

presenciamos cómo los niños transportaban al hombro haces de hojas con varios kilos de peso hasta el sitio empinado donde se encuentra la máquina desfibradora. En los escasos lugares donde hay puesto de salud, las promotoras informaron que constantemente llegan niños sangrando y a veces en estado de shock a causa de las heridas producidas con las espinas de las hojas.

En el segundo paso del beneficio intervienen la máquina desfibradora conformada por un motor de gasolina que mueve un cilindro con cuchillas para raspar la pulpa de las hojas. El penquero, que casi siempre es un menor, va pasando las hojas al desfibrador, quien las introduce en el cilindro raspador y retiene en sus manos las fibras que constituyen la cabuya. Esta parte es considerada como las más delicada y peligrosa y es cosa frecuente ver en los pueblos fiqueros personas cuyos dedos y manos fueron cercenadas por las desfibradoras. A pesar de su peligrosidad, la operación del desfibrador ejerce una fuerte atracción para los niños fiqueros varones. El desfibrador goza de un prestigio especial entre los fiqueros, pues tratándose de un oficio muy agotador, solo puede ser ejercido por hombres sanos y fuertes capaces de resistir una danza de más de 10 horas diarias en permanente forcejeo con la máquina. De la diligencia y pericia del desfibrador depende que las hojas arrojen mayor cantidad de fibra, aumentando los rendimientos del cultivo. A través de sus juegos los niños reviven permanentemente la acción audaz del desfibrador, raspando cantidades de hojas imaginarias mientras imitan con la boca y nariz el rumbido de las máquinas desfibradoras.

Cuando este juego se realiza con los verdaderos cilindros de cuchillas afiladas estacionadas en las plantaciones, los frecuentes accidentes les van enseñando dolorosamente la peligrosidad de su futuro oficio.

Raspada durante el día, la fibra se deja reposar en la noche y se empieza a lavar con la madrugada, para que a la salida del

sol ya este extendida en alambres o en el pasto. La secada es un atareado ritual en que participan todos los miembros de la familia, ya que periódicamente hay que estar sacudiendo y volteando cada uno de los manojos. Una vez seca, la cabuya se empaca formando bultos de unos 50 kilos y es llevada al mercado. Allí, el campesino debe enfrentarse a los abusos de los intermediarios y a las arbitrariedades de las agencias de compra de las fábricas. Es frecuente ver a los hijos de los campesinos cuidando durante horas la cabuya que tuvieron que extender a resecarse en las calles del pueblo porque la agencia no se las aceptó.

"Hasta la Muerte"

La cosecha del fique, fuente de sustento de los fiqueros viene acompañada de muchos males. Los jugos cáusticos que suelta la hoja al desfibrarla son causas de *medico* inflamaciones en la piel y en los ojos.

En la secada, el proceso que parece mas inofensivo y que es confiado preferentemente a las mujeres y los niños, el polvillo que se desprende de la sacudida es causa frecuente de afecciones respiratorias. En San Vicente, Antioquia, conocimos un niño de 13 años que padece de convulsiones desde una fría madrugada en que salió de su cama para extender la cabuya.

Además del trabajo de la cosecha, sobre los niños campesinos se descargan aquellas obligaciones que el Estado ya ha resuelto para otros grupos de la población. Ellos hacen las veces del acueducto y la energía yendo a cada momento a traer el agua en recipientes o a buscar leña. Los niños y niñas son requeridos permanentemente en otras múltiples actividades al servicio de laproducción familiar, como la crianza de animales, llevar las comidas a los trabajadores y ayudar en los oficios domésticos. Estas imprescindibles tareas que surgen de las precarias condiciones sociales a que se hallan reducidos los campesinos minifundistas impiden a muchos niños asistir a la escuela o rendir en ella.

Los padres campesinos ven en sus hijos el embrión de un nuevo trabajador que aportará al escaso presupuesto familiar y ejercen sobre ellos sus presiones para forzar un traspaso prematuro del umbral en el cual los niños dejen de ser consumidores para convertirse en productores. Así, se presenta la paradoja de que para muchos padres, niños de 8 y 9 años resulten por su docilidad mas productivos que los propios adolescentes. Esto no es de extrañar, porque a los 14 años se está agudizando en los adolescentes el sentimiento de que el trabajo que aportan al seno de la familia no guarda proporción con el beneficio que de ella recibe: una comida escasa y una muda de ropa cada uno o dos años. Empiezan a vivir en el clima de frustración propio del trabajo no retribuido y no desperdician oportunidad de alquilarse en otras fincas donde perciben un dinero que llega directamente a sus manos y les permite mayor autonomía. Por último, cuando se convencen de que tendrán mejores oportunidades como asalariados en otros campos o ciudades, terminan por abandonar la parcela durante un tiempo o para siempre. La responsabilidad de llenar el nuevo vacío se descarga sobre los niños que siguen en edad, forzándolos a que se hagan grandes de una vez por todas.

La pregunta "qué vas a ser cuando estés grande", que encuentra tan fácil respuesta en la imaginación de los niños de la ciudad, carece de sentido en las regiones fiqueras. Los propios papás conocen más como mito que como realidad lo que es un médico o un ingeniero y, además, a quién se le ocurre que cuando grandes podrán ser distintos, si hoy de pequeños ya son exactamente lo mismo que sus padres: campesinitos fiqueros. En Paniquitá, Cauca, encontramos 5 hermanos, todos menores, que manejaban ellos solos el proceso total del beneficio incluyendo el manejo y la mecánica de la máquina desfibradora. Como ya caía la noche, les preguntamos hasta cuándo iban a seguir trabajando y el más pequeño de todos, brincando sobre las pencas, respondió: "hasta que nos muramos!".

Los Hijos del Fique

Aunque poco fecundo en obras y en avances, el Año Internacional del Niño sirvió en Colombia para que, incitados por la onda mundial, numerosos investigadores y comentaristas hicieran crudos balances sobre la dolorosa situación general de la niñez en el país. A ella, por supuesto, no le llega ninguno de los gozosos frutos de la "reforma" constitucional. Ni para los niños hay la fementida "seguridad" del contrahecho "estatuto" que lleva ese nombre. Una pequeña porción de la población infantil se beneficia en guarderías, escuelas y servicios sanitarios y médicos. La situación de la mayoría nos coloca en un nivel francamente malo dentro del conjunto mundial, en este año que, desde el punto de vista de la acción colombiana por el niño, termina prácticamente en balde y en vano.

En nuestra edición dominical publicamos la muy precisa crónica de Leon Zamosc y Juan G. Gaviria sobre "los hijos del fique", que constituye toda una radiografía sobre ese deplorable estado general de la infancia en Colombia: aparte de las limitaciones y dolores que le vienen de la sociedad y la familia, el niño es usado con inclemencia para trabajos rudos, muchas veces prohibidos en nuestra propia legislación, y claramente condenados en declaraciones internacionales sobre derechos humanos (¿otra vez se ríen, de qué se ríen, señores funcionarios?); y ni siquiera se piensa, como parte de compensación, en que se les proporcionen las primeras letras o algún oficio útil. Son carne de explotación insensible. Se los trata como

animales, y a menudo es cierto que se consigue animalizarlos, como si no bastara con las pavorosas deficiencias cerebrales ocasionadas en la desnutrición; y con todos los factores ambientales que los degeneran. ¡Y hay quienes predicán solemnidades teológicas cuando se busca con seriedad evitar la procreación irracional e irresponsable!

La tragedia de los 280.000 “hijos del fique” con que, aproximadamente, cuenta Colombia, debe mirarse con angustia y con cuidado. De ella hay que sacar conclusiones, sobre todo en lo que hace a la explotación de inocentes. La industria fiquera, en principio, es positiva para la economía nacional, en cuanto puede desarrollarse en tierras de escaso rendimiento para otros productos, pero de ningún modo se justifica que se practique sin respeto por los derechos humanos, pues esto jamás es justificable (¿y habrá quienes insistan en reírse?). Sin embargo, los empaques de cabuya han sido desplazados en los mercados mundiales —como también en muchos de los colombianos— por otros más expeditos, originados en los progresos de la química, y por eso el fique no es, propiamente, una panacea, y por ejemplo en México muchas de las instalaciones dedicadas a él, sobre todo en la región de Yucatán, han llegado a convertirse en “elefantes blancos”, y así en otros países. En Colombia la fiebre del fique llegó cuando ya los hechos la habían desterrado de muchos otros países; pero, en definitiva, si las siembras henequeneras y la fabricación de costales y similares sirven para algo... pues que sirvan; pero sin que se repitan los ominosos acaeceres de que dio cuenta la pareja investigativa Zamosc-Gaviria. Ciertamente cuando se produjo, por inaceptable improvidencia, una sobreoferta de 6 millones de costales que no encontraban comprador, y las fábricas suspendieron compras de materia prima, sonaron como una páfida ironía las incitaciones propagandísticas de meses anteriores sobre la “era de oro del fique”: “Siembre fique y viva feliz”, “La cabuya es plata suya”, “Siembre fique y gane pesos”, “El fique, un cultivo en ascenso”, etcétera. Hubo, sin duda, una siembra engañosa de ilusiones.

¿Quién podría ver con desagrado que la producción de cabuya se haya duplicado? Pero lo intolerable moralmente es el costo en abusos sobre los niños, sobre los 280.000 "hijos del fique", desastre nacional que debe denunciarse categóricamente en este "año internacional" de los infantes y adolescentes. Los investigadores que publicaron su juiciosa crónica en este diario los encontraron, a menudo, llorando; y no con el llanto natural, inevitable, de todo niño, sino con uno premonitorio de un destino aciago. Eran simples instrumentos anticipados de la máquina desfibradora, que es la que da rendimientos apreciables... y también, muchas veces, al escalofriante precio de dedos y manos cercenados. En la industria del fique, como en múltiples otros aspectos de la vida colombiana, falta el debido respeto por los derechos humanos (¿y otra vez se ríen?).

Zonas significativas de Cauca, Santander y Antioquia se han dedicado al fique. A sabiendas de los tropiezos mundiales de tal industria, vale la pena que algún ente estatal —el IFI o el que fuere— se ocupe en su organización sensata. Pero antes que todo, ¡respeto a los niños! Los "hijos del fique" son otra lacra colombiana en el Año Internacional del Niño.

• abito → mmes

• atacan derechos humanos

→ como producir sin q se cargen en b...
• unión química + fique